

y puede decirle:

Dorme o teu somno, coração liberto
Dorme na mão de Deus eternamente!

Eternamente no, poeta, sino hasta que despierte en la redención del Universo. Por algo tú, Antero, que sufriste como han sufrido pocos la vanidad de todo lo aparential, llegaste, por el camino de la amargura, a contemplar desde tu crucifixión suprema el despertar en la Conciencia de todo lo que fué, llegaste a la plenitud de plenitudes y todo plenitud cuando tu corazón durmió su sueño eterno en la mano de Dios, en su derecha mano.

Agosto de 1904.

EL PERFECTO PESCADOR DE CAÑA

(DESPUÉS DE LEER A WALTON)

EN uno de mis poetas favoritos, el dulcísimo Wordsworth, leí hace ya tiempo un soneto, que lleva este título: *Escrito en una hoja en blanco de «El perfecto pescador de caña»*. El soneto, traducido del inglés a la letra, dice así:

«Mientras se presten los corrientes ríos a un inocente deporte, vivirá el nombre de Walton; sabio benigno, cuya pluma, al esclarecernos los misterios de la caña y el torzal, nos exhortó, no sin fruto, a escuchar reverentemente cada revelación que la naturaleza pronuncie desde su rural santuario. Dulce, noblemente versado en sencilla disciplina, el más largo día de verano le resultó demasiado corto para su favorito entretenimiento, disfrutado junto al espadañoso Lee o al pie de los tentadores laberintos del arroyo de Shawford. Más hermosos que la vida misma, en este dulce libro, los macizos de primaveras y el sombroso

sauce, y los frescos prados; donde fluía de cada rincón de su henchido seno, alegre piedad.»

Al leer en Wordsworth tales palabras —y palabras rimadas—, como ofrenda de gratitud por el bien espiritual recibido de la lectura de un libro, y que este libro se intitulase *El perfecto pescador de caña*, lo primero que se me ocurrió fue cojer mis cuartillas de *Legenda aut adquirenda*, e inscribir en ellas el nombre del autor: Walton, y el de su obra: *The compleat Angler*, esto es, *El perfecto pescador de caña*.

Y debo aquí hacer constar que en mi vida he pescado a la caña, ignorando, por consiguiente, si es deporte que me haya de gustar o no, aunque sí gusto, cuando voy en mis paseos siguiendo las apacibles orillas del Tormes, de detenerme junto a los que en ella pescan a la caña, aun a riesgo de distraerlos y que pierdan de vista al corcho, y gusto aún más de los macizos de primaveras, de los sombreros sauces y de las frescas riberas. Tomé, pues, nota del dulce libro —*sweet book* lo llama Wordsworth— del pescador Walton, y esperé, ya que es la paciencia la virtud, no sólo de los pescadores de caña, sino de todos los que, fija la vista en uno u otro corcho flotante, aguardamos a que algún regalo pique.

Con el correr de las horas, los días y los años,

fui olvidando a Walton, y habríase quedado allá, perdido su nombre entre los muchos que figuran en las cuartillas donde asiento lo que me propongo leer o comprar, si la providencia divina no me hubiese deparado a un joven estudiante inglés, Mr. Royall Tyler, que parece vino de su patria a esta dorada Salamanca en que vivo y donde corre el Tormes a traerme no pocas nuevas y obsequios del espíritu, y entre ellos al conocimiento de *El perfecto pescador de caña*, de Isaac Walton.

Por éste mi nuevo amigo, el estudiante inglés, pude enterarme de que es la obra de Walton estimada como clásica en Inglaterra, y que, como sucede con lo más de lo clásico, se habla de ella mucho más que se la lee. Mi amigo la ha leído y releído y vuelto a leer, y se la sabe poco menos que de memoria. Le atrae a ella, entre otras cosas, la especialísima pureza y dulzura del lenguaje en que está escrita. Me prestó el librito —de una edición muy linda, por cierto— y pude, al fin, leerlo.

Isaac Walton nació en 1593 y murió en 1683, según reza la portada del ejemplar que he leído de su *Perfecto pescador de caña*, añadiéndose en ella que publicó su obra por primera vez en 1653, siguiéndose otras cuatro ediciones en 1655,

1661, 1668 y 1676, durante la vida del autor. Después se han seguido muchas más. La primera edición, la de 1653, se titulaba «*The compleat Angler | or the | Contemplative Man's | Recreation. Being a Discourse of | Fish and Fishing | Not unworthy the perusal of most Anglers. | Simon Peter said, I go a'fishing: and they said, We | also will go with thee. John 21.3 | London, Printed by T. Maxey for Rich. Marriot, in | S. Dunstons Church-yard, Fleetstreet, 1653*». O lo que es lo mismo: «El perfecto pescador de caña o el Recreo del hombre contemplativo. Discurso sobre los peces y la pesca, no indigno de que lo lean los más de los pescadores de caña. Díceles Simón Pedro: A pescar voy; y ellos le dijeron: También nosotros vamos contigo. Juan 21. 3. Londres. Impreso por T. Maxey para Ric. Marriot en Dunstans Church-yard, Fleetstreet, 1653.»

Ya en la portada misma de su obra, en su título, introdujo el religioso y dulce Walton una sentencia evangélica, y sentencia tan significativa como la de: «¡A pescar voy! También nosotros vamos contigo.» Se mete uno luego por las apacibles y tranquilas páginas del librito, y ¡qué calma tan sedante, qué reposo se exhala de ellas! Lástima que lo haya leído en este invierno febrero sin

esperar a hacerlo en la ya bien entrada primavera, o en el verano, a la sombra de un sauce o de un negrillo, y a la orilla del Tormes.

Walton discurre acerca del arte de pescar a la caña —*angling*— en diálogos que supone duran cinco días, diálogos en que los dos principales interlocutores son el maestro Piscator y su discípulo —*scholar*— Venator, interviniendo también en ellos Arceps, un cazador, una pupilera, una lechera, Maudlin, o sea Magdalenita, Pedro y Coridón, pero por lo común no hablan más que el maestro y su discípulo. Discurren acerca de la pesca a la caña y de los peces, truchas, barbos, salmones, tencas, etc., que con ella pueden lograrse, y de sus costumbres y maneras de vivir. Y a modo de distracción se introducen, ya reflexiones sobre el arte y sus encantos, ya poesías y versos que se refieran a él o al campo.

Digo el arte de la pesca a la caña, y arte, en su más elevada acepción, lo estima Walton, porque «el pescar a la caña es algo como la poesía, para la cual hay que hacer, quiero decir —añade—, con inclinaciones a ellas, aunque puedan luego realizarse ambas artes con discurso y práctica; pero el que espera llegar a ser un buen pescador no debe sólo criar un ingenio inquisitivo, curioso y observador, sino que ha de criar además una bue-

na medida de esperanza y paciencia, y amor y propensión al arte por sí mismo, pues una vez que lo ha logrado y practicado no dude sino que la pesca a la caña le resultará tan grata, que habrá de resultarle ser, como la virtud, recompensa de sí misma». He aquí la doctrina del arte por el arte predicada por un clásico pescador de caña, y tan grande artista que la predica en el más dulce y musical inglés. Ya él lo sabía bien, pues Venator, el discípulo, dice una vez, en el primer día, a Piscator, el maestro, que su discurso, el de aquél, le parece música y le enhechiza la atención —*your discourse seems to be musick, and charms me to an attention.*

Y esta fe en sí mismo, o lo que es igual, en la dulcedumbre y musicalidad de su discurso, esta fe en sí mismo, ¿de dónde sino de su vida contemplativa de pescador de caña pudo cobrarla Isaac Walton?

Walton amaba la música, y al final de su diálogo del día cuarto incluye versos, los unos de Mr. Edmund Waller, en elogio de ella. El espíritu mismo de Walton es un espíritu musical, y el ritmo de su lenguaje y estilo obedece al ritmo de sus sentimientos. Porque de nada sirve querer cambiar los ritmos de la palabra, sea en prosa, sea más bien en verso, si continúa lo mismo el

ritmo interior, el del flujo y reflujo del espíritu. A los latidos del corazón obedecen las cadencias de la voz, y el corazón de Walton, más bien que latir fluía como las aguas mansas de los ríos en que vertió su arte. Así fluye su estilo.

Y ¿cómo no había de amar la música un espíritu contemplativo que se apacentó en la visión de tranquilas riberas, ya que es el paisaje en el reino de las formas visibles lo que la música en el reino de los sonidos? Un paisaje es una sinfonía, a que concurren agua y tierra y aire y hasta fuego.

Trata Walton de aquella discusión de si la felicidad del hombre en este mundo ha de consistir antes en la contemplación o en la acción más bien. Y después de exponer Piscator, el maestro, que algunos se han pronunciado por aquélla, por la contemplación, diciendo que los mortales son tanto más felices cuanto más se acercan en imitar a Dios, y que Dios se recrea en sí mismo contemplando su propia infinitud, eternidad, poder, bondad y lo demás, y que por tal razón muchos encaustrados de gran saber y devoción prefieren la contemplación a la acción, y muchos santos padres parecen aprobar esto, como aparece en sus comentarios a las palabras del Salvador a Marta; después de esto expone cómo no faltan, por el

contrario, hombres de igual autoridad y crédito que prefieren la acción como más excelente, diciendo que es también doctrinal, y enseña arte y virtud a la vez, y mantiene la sociedad humana. Y añade Piscator, o sea el bueno de Walton, por su cuenta: «Respecto a las cuales dos opiniones no he de permitirme añadir una tercera, declarando la mía propia, sino que me he de contentar con deciros, mi muy querido amigo, que ambas, contemplación y acción, se juntan y pertenecen lo más propiamente al honestísimo, ingenuo, tranquilo e inocente arte de pescar a la caña.» Y ¿quién lo duda? ¿Quién duda de que el pescar a la caña se preste a la contemplación?

Sigamos oyendo a Walton, aunque sea en mi castellano y no en su inglés, que lo merece: «Y lo primero, he de deciros lo que han observado algunos y he hallado ser una real verdad, y es que el sentarse tan sólo a la orilla del río es no sólo en el lugar más tranquilo y más apto para la contemplación, sino que invita a un pescador a ella; y esto parece que sustenta el docto Pedro du Moulin, que en su discurso sobre el cumplimiento de las profecías, observa que cuando Dios se proponía revelar a sus profetas algunos sucesos venideros o altas nociones, los llevaba o a desiertos o a la orilla del mar, para que, separán-

dolos así de entre la apretura del pueblo y los negocios y los cuidados del mundo, pudiera poner sus aptitudes en tranquilo reposo y hacerlos aptos para la revelación.» Y luego cita aquella sentencia de nuestro Juan de Valdés, el famoso reformador español, autor del *Diálogo de las Lenguas*, el cual, en su libro *Ciento diez consideraciones*, dice que los ríos y los habitantes del elemento líquido fueron hechos para que los contemplaran los sabios y pasaran sin considerarlos los necios.

Y así, visto el amor contemplativo que Walton profesaba al agua, así me explico la afición que a su librito tuvo aquel patriarca de los *lakistas* o *laguistas*, el dulce Wordsworth, el que cantó al río Duddon en treinta y cuatro sonetos imperecederos.

Sí, Dios hizo el mundo para los contemplativos, que no en vano se dijo que los mansos poseerán la tierra. Walton, hablando de las diversas especies de orugas y gusanos que pueden servir de carnaza o cebo a los peces, nos habla de esas «moscas, gusanos y criaturillas vivientes con que el sol y el verano adornan y embellecen las riberas y los prados, para recreo y contemplación a la vez de nosotros los pescadores, placeres de que creo —añade— gozo yo más que cualquier otro que no sea de mi profesión».

¿Y cómo no gozar de la contemplación junto a los ríos que van al mar como a la muerte van nuestras vidas?

*Laudato sí, mi signore, per sor acqua,
la quale e multo utile et humele et pretiosa et casta,*

cantaba San Francisco. ¿Y qué mejor retiro para contemplar que junto a la hermana agua, que es muy útil y humilde y preciosa y casta?

¡Qué sabroso descanso el de sentarse a la orilla del río y a la sombra de un álamo, a dejarse vivir en suave baño de resignada dejadez, mirando correr las aguas! ¡Qué secreta escuela de resignación y de calma! Fluye la líquida masa tan compacta y unida que semeja tililante cristal inmóvil. Contemplándola discurrir así, apréndese la quietud que sustenta al curso de la vida, por agitado que éste sea, y el solemne reposo que del concierto de las carreras de los seres todos surge.

«No bañas dos veces tu pie en las mismas aguas al entrarlo en un río», dijo Heráclito, y en esas aguas, sin embargo, siempre distintas y la misma agua siempre, en esas aguas se reflejan temblorosos los álamos marginales, fijos al terruño en que nacieron. No se llevan las aguas su imagen, sino que en el limpio cristal de las vivas linfas parecen vivir los árboles, temblando en ellas. Y cuando el viento otoñal les quita sus amarillas

hojas, caen éstas al río provocándole a dulce sonrisa de ondulantes círculos, y se van lejos, muy lejos de la paterna rama, a servir tal vez de mantillo a otros lejanos álamos de la misma orilla, a perderse en el mar más de seguro.

Tan sólo turba la serena marcha del río algún ave que, rozándole con el ala mientras nada por el aire, pica de paso el pellejo de las aguas, o algún pez que, desde el seno líquido en que revolotea, sube a picar también el pellejo del río, pues siempre hay una sobrehoz común a aves y a peces. El sol ríela las aguas que el viento al acariciarlas riza, y les saca plateados reflejos, provocando cadenciosa danza de luminosas lentejuelas. Diríase que el río, larga serpiente dormida en la ribera, tiembla con escalofríos de gozo al calor que el sol le presta y hace brillar así sus escamas de plata.

¡Qué sabroso descanso el de sentarse a orillas del río y a la sombra de un álamo, a dejarse vivir en suave baño de resignada dejadez, mirando correr las aguas! ¡Qué secreta escuela de resignación y de calma!

Vemos en las aguas retratado el cielo y cuando está quieto el río parece que la azul inmensidad se continúa debajo de él y que es la tierra firme verde capa tendida en los celestes campos. Cru-

zan las nubes por encima y por debajo de ella. Y suele suceder entonces que va poco a poco convirtiéndose nuestra quietud en aparente marcha, opuesta a la del curso fluvial. Lo sabe bien el pescador que tiene al corcho por hito de su mirada. Y es como si bogáramos en flotante isla sobre el mar azul del cielo. Y como a la par que nos sentimos arrastrados, nos damos cuenta de nuestra quietud, sentimos la esencia del dicho aquel del pensador que más adentro buceó en las aguas de la razón humana, del más grande pescador de ideas, el que dijo: sólo es siempre estable la inestabilidad.

A la orilla del río van invadiendo al alma dulcemente y gota a gota las profundas aguas, hasta que le bañan las espirituales entrañas, distendiéndoselas, le gana una laxitud deleitosa, y a cada uno de los lijeros movimientos con que se despe rezan las potencias y sentidos, la confortante frescura que la empapa despéjala del irritante cosquilleo de las inquietudes cotidianas. ¡Dulce ablución íntima! ¡Recojido lavatorio del alma! Las imágenes y pensamientos se templan tomando apacible y apagado tono; gustamos la sensación pura de la vida y nuestras alegrías se purifican también.

Tendido junto a un río, dejándose adormecer

por las aguas, se llega a algo que es como paladear la vida misma, la vida desnuda; se llega a un gozar de las rítmicas palpitations de las entrañas, del incesante fluir del río de la sangre en nuestras venas. Mientras descansa la inteligencia adormecida sentimos el nutrido concierto de las energías de nuestro organismo, y entonces es cuando se percibe algo de lo que podríamos llamar la música del cuerpo, con tanta razón como los pitagóricos llamaban música de las esferas al concierto de los astros. La contemplación del quieto fluir del río nos lava de la sucia costra de los cotidianos afanes, y limpia y monda el alma, respira a sus anchas, por sus poros todos, la serenidad augusta de la naturaleza. Libertados de la obsesión de la vida, gozamos de ésta como sus dueños, sin sufrirla como esclavos suyos. Entonces es cuando se aspira el perfume de aquella divina sentencia de que basta a cada día su malicia.

¡Recatada sabiduría la que por el filtro de sutil embebecimiento va posándose en el cauce del río de nuestra alma! En ella se templan las alegrías y se disipan las penas, poniéndose todo de acuerdo con la serenidad de la naturaleza.

Contábame una vez un padre que había perdido un hijo idolatrado cuando más fruto prometían las flores recién abiertas del espíritu de éste, que el

bálsamo más apaciguador, el unguento más sedante para la herida de su corazón paterno, era irse a la orilla del río, a contemplar embebido, durante horas muertas, el reflejo de los álamos en el claro cristal de las aguas. En aquella escuela de resignación y de calma, ganado por el agua, lavaba sus penas, purgándolas de la sucia costra bajo la que se cicatriza la herida, y quedándose con lo insoluble de ella, con la esperanza de consuelo final, esperanza siempre fija bajo el incesante fluir de sus entristecedores recuerdos.

El agua, pues, purifica al alma; al alma del hombre y a la de la naturaleza. El agua da vida al paisaje. «No hay paisaje feo con agua», me dijo una dama.

El agua amansa, y el que ha tomado la vera de las aguas por escuela de contemplación, se hará manso, y como tal, poseerá la tierra, y ésta será de él. Se hará manso como el pescador de caña, y como éste, será feliz. Y me parece que debemos volver ya a nuestro Walton, al cual dejé un rato pescando, allá en la eternidad, distraído con mis propios pensamientos y a la pesca de ellos, que volvamos, digo, a Walton, el cual nos dice que «no hay vida tan feliz y tan alegre como la del pescador de caña que se gobierna bien; porque cuando el abogado está abrumado por los

negocios, y el hombre de Estado tramando o desbaratando intrigas, entonces nosotros —los pescadores de caña— nos sentamos en macizos de primaveras, oímos cantar a los pájaros y nos poseemos a nosotros mismos en tanta quietud como la de estas silenciosas corrientes argéneas que vemos deslizarse tan quedamente a nuestra vera». Y añade el *benigno sabio*, maese Piscator: «La verdad es, mi querido discípulo, que podemos decir de la pesca a la caña, lo que el Dr. Boteler dijo de las fresas, que «sin duda pudo hacer Dios frutas más ricas, pero que sin duda no las hizo Dios jamás»; y así, si se me deja ser juez, jamás hizo Dios recreo más tranquilo, sosegado e inocente que la pesca a la caña.»

En recreo tan tranquilo, sosegado e inocente, contemplando al corcho en medio del agua o al agua en derredor del corcho, se hace el pescador contemplativo y manso, y de los mansos y contemplativos es la tierra.

Y aquí viene una de las más dulces y consoladoras doctrinas del dulce y consolador Walton, y es aquella en que establece que ver es poseer.

Oigámosle por boca de Venator, cuando en el cuarto día de sus diálogos dice: «Déjeme, maestro, que le diga que durante aquella hora en que estuvisteis ausente de mí, me senté al pie de un

sauce y a orilla del agua, y pensé lo que me dijisteis del dueño de aquella alegre pradera en que me dejasteis entonces; que tenía grandes haciendas, y no corazón para pensar así; que estaba ahora pendiente de varios pleitos, y que ambas cosas enturbiaban su gozo y le quitaban tanto tiempo y pensamientos, que no le quedaba ocio para cobrar el dulce contento que cobraba de sus campos yo, que no pretendo tener derecho a ellos; porque yo puedo sentarme aquí tranquilamente, y mirando al agua, ver cómo juguetean unos peces en la argentada corriente, mientras saltan otros á caza de moscas de todas formas y colores; mirando a las colinas, puedo verlas moteadas de matorrales y sotos; bajando mi vista a las praderas, descubro aquí un niño recojiendo azucenas y flores de cuco, y allá a una moza reuniendo cardaminas y primaveras para hacer ramilletes propios de este mes de mayo; éstas y muchas otras flores silvestres perfuman de tal modo el aire, que creo es esta pradera como aquel campo de Sicilia de que habla Diodoro, donde los perfumes que se exhalaban del suelo hacían que los perros de caza marraran, perdiendo su mejor seguido rastro. Digo, pues, que mientras estaba así gozándome en mi propia feliz condición y compadeciendo a ese pobre rico que posee este y otros amenos pra-

dos y sotos que me rodean, recordé agradecido lo que dijo mi Salvador de que los mansos poseerán la tierra, o más bien, que gozarán de lo que otros poseen y no gozan, porque los pescadores y los hombres mansos y tranquilos están libres de esos altos e inquietadores pensamientos que corroen las dulzuras de la vida...»

Esta mansedumbre, tan lejana de la austera acometividad de los *roundheads* o motilones puritanos de la época de Walton —que fué contemporáneo de Cromwell— esta mansedumbre llenaba a nuestro hombre de alegría, de una alegría reposada y serena, y de esta alegría nació su religiosidad.

Walton fué, en aquella agitada sociedad en que luchaba Cromwell, un espíritu humano y no puritanescamente religioso; conservó, como otros, el espíritu humano y humanizante de la época isabeliana (*elizabethan*); tuvo la religiosidad de nuestro maestro León, sin otra diferencia que la de tener la de éste algo más de horaciano y la de aquél de virgiliano.

Wordsworth dice que del «dulce libro» de Walton, se desprende *alegre piedad* —*gladsome piety*—, y esto es lo cierto.

Al concluir sus diálogos, y después de haber explicado Piscator a su discípulo cómo hay que

pintar la caña y hacer el torzal, y faltándoles una milla para llegar a la cruz del camino de Tottenham, quiere, a la fresca sombra de un seto, mencionarle algunos de los pensamientos y gozos que poseyeron su alma desde que se encontraron. Y entonces le pide que se una a él para dar gracias a Dios por cada bien y perfecto don, por su felicidad. Y para que viera que su felicidad era la mayor, le recuerda a los que sufren de unas y otras enfermedades, de que ellos se veían libres, siendo una nueva merced cada miseria de que estaban libres, y le recuerda a los atormentados por una conciencia culpable. Y le habla de los ricos, que darían lo más de su fortuna para estar sanos y alegres como ellos estaban, que, con gasto de poco dinero, comían, bebían, reían, pescaban, cantaban y dormían a pierna suelta, «bendiciones que los ricos no pueden comprar con todo su dinero». Es evidente; los placeres más exquisitos son los más baratos; y yo puedo decir, en el espíritu de Walton, que una peseta mía vale lo que treinta pesetas de muchos que disfrutaban de una renta treinta veces mayor que mi salario. Y añade Piscator: «Deja que os diga, discípulo, que tengo un rico vecino que está siempre tan atareado, que no le queda tiempo de reirse: el negocio todo de su vida es ganar dinero y más dinero,

para ganarlo más y más». ¿Les quedaba tiempo de reirse, o cuando menos de pescar a la caña, a los motilones de Cromwell, que empleaban la vida en ganar gracia y más gracia divina, atormentándose con el cuidado de la propia justificación? Y sigue Walton pidiendo a Dios que le libre también de la acerba pobreza como de la absorbente riqueza, porque el rico, como el gusano de seda, «cuando parece trabajar, está hilando sus propias entrañas y consumiéndose».

Y aquí trae Piscator aquello de Diógenes cuando fué, con un amigo, a ver una feria, donde vió cintas y espejos, y cascanueces y violines, y muñecas y otros mil cachivaches, y habiéndolos examinado y todo lo más que hace una feria, dijo a su amigo: «¡Señor! ¡Cuántas cosas hay en este mundo de las que no necesita Diógenes!» Nadie puede quejarse —añade Walton— de que Dios no le haya dado bastante para hacer feliz su vida. «Y, sin embargo, apenas hallaréis quien no se queje de que le falta algo, aunque en realidad no le falte más que su voluntad; acaso no más que la voluntad de su propio vecino, por no venerarle o adularle; y así, cuando podemos ser felices y tranquilos, nos creamos inquietudes». Y pasa Walton a poner ejemplos de personas que se crean inquietudes. ¿No estaban allí, a su vista, aquellos som-

bríos puritanos que, en vez de dar las gracias a Dios cada mañana por el don de la vida, estaban de continuo preguntándole a solas si les justificaba o no? Walton se atiene a lo de que los mansos pescadores de caña, y no los violentos motilones puritanos, poseerán la tierra. Quiere el hombre que posea lo que tenga con mansa y resignada tranquilidad, «una tranquilidad tal que haga sus sueños mismos gratos a Dios y a sí mismo».

David —añade Walton—, aunque reo de asesinato y adulterio y de otros muchos pecados mortales, se dijo que era un hombre según el corazón de Dios, porque abundó en gratitud más que cualquier otro que se mencione en las Sagradas Escrituras, como se ve en los salmos, en que se mezclan confesión de sus pecados e indignidad y agradecimiento por el perdón y las mercedes de Dios. Y excita Piscator a su compañero a que den gracias a Dios por las más menudas bendiciones, y entre ellas por «el inocente placer y distracción que tuvimos desde que nos juntamos». Y sigue exhortándole a dar gracias a Dios por la vista de aquellos amenos ríos, y prados, y flores y fuentes; pues ¿qué no daría un ciego por verlos? Y ya cerca de la cruz del camino de Totteham, donde debía acabar su paseo y su discurso, lo resume diciendo a su discípulo que trató con él de imbuir-

le el que trabajara para poseer su propia alma; esto es, un corazón manso y agradecido —*a meek and thankful heart*—; y que se esfuerce por ser u «honradamente rico, o resignadamente pobre» *honestly rich, or contentedly poor*. —¡Cuán lejos estamos del consejo de aquel descendiente de puritanos que decía a su hijo: hijo mío, haz dinero honradamente, si puedes, pero haz dinero —*my son, make money, honestly if you can, but make money!*— Walton pedía una buena conciencia, supongo que no atormentada por la inquietud de la propia justificación, sino una conciencia agradecida; luego salud y, por último, en cuanto al dinero, que puede decirse es la tercera bendición, «no lo despreciéis; pero notad que no hay necesidad de ser rico».

Contéstale su discípulo, Venator, y recuerda lo de los lirios y las aves evangélicas, no sólo criados, sino mantenidas «por la bondad del Dios de la Naturaleza» —*by the goodness of the God of Nature*—. Y aquí está el toque de la religiosidad de Walton, en que su Dios fué el Dios de la Naturaleza más que el Dios de los hombres, y de los hombres de su país y de su tiempo; y le agradeció el que le hiciese criatura viviente, y por vivir y respirar le da las gracias, sin inquietarse demasiado de la propia justificación.

Y termina el dulce libro diciendo Piscator: «Y sobre todo, seamos amantes de la virtud y atrevámonos a confiar en su Providencia, y seamos tranquilos y vayamos a pescar a la caña.

Procura ser tranquilo».

He aquí un hombre para el cual, de seguro, lejos de no haber nada nuevo bajo el sol —*nihil novum sub sole*—, sería todo bajo él nuevo —*omnia nova sub sole*—, y la vida un continuado nacimiento, pues tal es lo que siente un «corazón manso y agradecido». En aquella época de violentas luchas en su país, cuando la religión se extendía bélicamente, cual un combate, para Walton fué paz y agradecimiento al Dios de la Naturaleza. Mientras Cromwel y los suyos combatían en Marston Moor, Naseby y Dunbar, el manso pescador de caña pescaría truchas en el espadañoso Lee o en el arroyo de Shawford, dando gracias a Dios por la merced de dejarle contemplar las riberas sembradas de flores. Su piedad fué, como dijo Wordsworth, una «piedad alegre» —*gladsome piety*—, hija de salud, de buena conciencia y de resignada *aurea mediocritas*, de la riqueza que se contenta con ver. Amaba las distracciones que no hacen que se miren unos a otros los amigos avergonza-

dos a la mañana siguiente, según él mismo nos lo dice.

Su alegre piedad, su dulce mansedumbre, le da una gracia especial, un fino humorismo, de que se encuentra lleno su libro. Baste recordar, además de algo de lo ya citado, aquella vez en que, al romper una trucha la cuerda y exclamar Piscator: «ay, lo ha roto todo; queda media cuerda y he perdido un buen anzuelo», y contestar Venator: «sí, y también una buena trucha», replica aquél: «no, no se ha perdido la trucha, porque os ruego tengáis en cuenta que nadie puede perder lo que jamás tuvo». Y el lindísimo cuento de los dos predicadores que trae Piscator a cuento al observar Venator que no puede pescar ni con su caña ni con la del otro; y es cuento en que se cuenta cómo un predicador gustó mucho con un sermón, y se lo prestó a otro, y este otro no gustó con el mismo sermón, y al quejarse de ello, le contestó aquél: «Yo te presté mi violín, pero no mi arco; porque has de saber que no cualquiera puede hacer música con mis palabras, que están hechas para mi propia boca». Y aquello de las cañas que pescan solas mientras los pescadores se retiran a sestear, porque las cañas son como dinero puesto a rédito, que crece, aunque no hagamos nada sino charlar y divertirnos. Y lo que dice Lebault, que

las ranas ofrecen un buen manjar, especialmente en algunos meses, si están gordas; «pero habéis de notar —observa Piscator— que es un francés, y nosotros, los ingleses, a duras penas le creemos, aunque sepamos que se come ranas usualmente en su país». Y lo que del buen pescador dice y otras mil cosas.

A mí, que soy de Bilbao, me ha interesado muy mucho lo que el bueno de Walton dice de las angulas, llamadas en el Severn *yelvers*. Leyéndolo recordé los años de mi infancia, en que más de una vez fui a orilla del Nervión a ver a los anguleros, en las frías noches de invierno, tener su linterna para atraer al reflejo de su luz a las angulas y pasar luego el cedazo por debajo de éstas. Y aquello que cantábamos de

Con la linterna,
Con el farol,
Anguleros, anguleros,
Tengáis valor,

en que el primer verso debió decir «con el cedazo» o «con el botrino», para no haber redundancia. Mas aquellos pobres anguleros, ¡qué poco contemplativos eran! ¡Y qué poco mansos y resignados, sobre todo si desde el pretil de la ría les echábamos alguna chinita al agua para ahu-

yentar a las angulas! Pero, ¿cómo iban a ser contemplativos pescando en noches de invierno y para ganarse el pan, y no en tardes de mayo, a la sombra de un sauce y por amor al arte? No a todos les es dado, como a Walton, elevar la pesca a la caña a bella arte, que, como la poesía y la virtud, lleve en sí misma su recompensa, y sacar de ese honestísimo, ingenuo, tranquilo e inocente arte un corazón manso y agradecido al Dios de la Naturaleza.

Aunque sé que se han escrito en Inglaterra estudios sobre Isaac Walton, entre ellos el de Andrew Lang, el conocido y fecundísimo escritor, que entre sus muchas y diversas obras —sobre María Stuardo, Jacobo VI, de magia y la religión, la costumbre y el mito, la mitología moderna, la formación de la religión, Homero y la épica, una novela de un monje de tiempo de Juana de Arco, cartas a autores muertos, el libro de los sueños y los espíritus, etc., etc.— tiene unos «Bosquejos de la pesca a la caña» *Angling Sketches*, aunque sé de tales estudios, no he querido esperar a leerlos antes de publicar esto. Un libro es hijo de su autor y de un país y de una época dadas, y es fructuoso estudio el de estudiar el libro

como producto del tiempo y del país y del autor que lo produjeron. Pero un libro, sobre todo si entra en el caudal perenne de la literatura universal, o merece entrar en él, una vez dado al público, no es ni de su autor ni de la época y país en que se produjo, sino de todo el que lo lea y de las épocas y los países todos. Así he tomado a *El perfecto pescador de caña* de Isaac Walton.

Agosto de 1904.

A LO QUE SALGA